DIARIO DE CADIZ / 9-III-71

"El Agujetas", la más explosiva revelación del cante flamenco hispano

Le ha presentado al público la Cátedra de Flamencología del Ateneo de Jerez de la Frontera

Manuel de los Santos es portador de la más pura tradición jerezana del "cante jondo"



"El Agujetas" canta y todo parece un ancho predio del dolor porque está en auténtico estado puro, se entrega por las de la mejor ley flamenca. Nada de recursos profesionales, nada de afectación, es una voz nueva con antigua resonancia que revaloriza unos aires gitanos inconfundibles. En la fotografía, "El Agujetas", en un alarde de facultades demuestra ser portador de la más pura tradición jerezana del "cante jondo". --- Foto EFE



Los más prestigioso críticos y poetas españoles se ocupan de este gitano-andaluz de cara cetrina, enjuta con arrugas, pese a su juventud. En la fotografía, Manuel de los Santos, "El Agujetas" en plena actuación. Foto EFE

El cante de Jerez, cante en corto y por derecho al igual que en clásica tauromaquia, continúa siendo la muestra más singular y valiosa de ese asombro musical y folklórico que es el arte andaluz.

El cante de Jerez es el de mayor enjundia flamenca; es cante jondo en toda su magnitud misteriosa, cante dicho a golpe de emoción, a borbotón de escalofrío, con el duende gitano presente en cada tercio, repechando garganta arriba desde el pecho, o sea, desde el mismísimo corazón, cuando es seguiriya o martinete oscuro, dedo en la llaga de la vida. O sandunguero compás, intrínseco en la soleá y en la cantiña. O grito hermoso en el fandango y gracia repajolera en la bulería.

Y por toda la gama de este cante jerezano, el duende que nos pellizca, que nos araña la sensibilidad, atronador y bullicioso, rítmico como un ciempiés, como yedra que se carcome los entresijos de la carne.

Que sirva esta introducción del reportaje como exaltación del cante jerezano, del cante que ha tenido en el famoso barrio de Santiago, la cuna y el orbe de trascendencia universal y que se mantiene en su esplendor máximo gracias a estas voces —como la del flamenco que nos ocupa— herederas directas de una tradición cantaora que se remonta a pasados siglos, a la odisea dramática de una raza donde lo realista y lo místico, unido a lo mágico, es perfil de su espíritu, materia y poesía del cuerpo, del dolor y de la alegría gitana. Penetrar en esa entraña, en esos matices de la misma es labor más dificultosa de lo que a simple vista puede parecer. No obstante, figuras como Manuel de los Santos, "El Agujetas", pueden ayudarnos a penetrar en ese duende del alma andaluza y gitana.

LA REVELACION DEL AÑO

Primero es la sorpresa. Escuchar a "El Agujetas" es, para todo buen cabal, como enfrentarse con lo insólito. Hay que remontarse al ayer, volver con toda nuestra capacidad de sensibilidad y de valoración a los tiempos pasados del cante flamenco, a los años de comienzo de siglo, cerrar los ojos y creer en la resurrección de Manuel Torre. Luego, abrirlos de nuevo y cerciorarse de que con "El Agujetas" el tiempo no ha pasado, porque este nuevo cantaor lo mantiene atrapado, fundido, como un hierro en su garganta.

Manuel de los Santos "El Agujetas", heredó de su padre algo más que el apodo; heredó la tradición jerezana, emparejada al oficio de fragüero. Los callos atestiguan su vida y su oficio en cada mano. Esas mismas que luego prestan plasticidad al cante, oficiando un rito ancestral motivado por los impulsos del corazón y, en este caso, a los acordes de la guitarra de Manolo Sanlúcar, un tocaor magistral que enriquece con su arte la voz de "El Agujetas" mientras la salía quiebra el silencio y augura los temblores de la copla legítimamente gitana.

Después van surgiendo los tercios de las soleares como ráfagas del alma, las desgarradas carnes de las seguiriyas, el fandango campero o el del tabanco, la milenaria melopea del martinete, la toná negra y dramática de la Navidad andaluza, el son añejo de las alegrías, los oscuros ecos de los tarantos, el compás austero de los tientos, la soleá-bulería sencilla, llana, desnuda, escueta... Es como si un mundo lúbrico se estremeciera en su cautiverio. Y mientras...

"El Agujetas" canta y todo parece un ancho predio del dolor porque está en auténtico estado puro, se entrega por las de la mejor ley flamenca. Nada de recursos profesionales, nada de afectación; es una voz nueva con antigua resonancia que revaloriza unos aires gitanos inconfundibles, los de la antiquísima escuela de Jerez (la del "señó" Manuel Molina, la que siguieron marrurros y macarrones) la que tuvo su máximo exponente en Manuel Torre. Por todo ello, con "El Agujetas" toma el cante nuevos bríos, retorna a lucir su intrínseca sustancia de arte inaprensible como manifestación popular de lo real y misterioso. Así el cante hondo en su más pura entraña, así "El Agujetas", revelación del flamenco español de nuestros días.

H. M.